Un conocimiento inútil

Llegábamos de muy lejos para merecer
vuestra confianza.

PAUL CLAUDEL

Los hombres

Experimentábamos una profunda ternura por los hombres. Los veíamos dar vueltas en el patio, durante el paseo. Les lanzábamos notitas por encima de la alambrada, burlábamos la vigilancia para intercambiar unas cuantas palabras con ellos. Los amábamos. Se lo decíamos con los ojos, nunca con los labios. Les habría resultado extraño. Habría sido como decirles que sabíamos lo frágiles que eran sus vidas. Disimulábamos nuestros temores. No les decíamos nada que pudiera revelárselos, pero espiábamos cada una de sus apariciones, en un pasillo o en una ventana, para que sintieran siempre presentes nuestros pensamientos y nuestras atenciones.

Algunas, que tenían entre ellos a su marido, solo lo veían a él, localizaban enseguida su mirada entre el manojo de miradas que nos buscaban. Las que no tenían marido amaban a todos los hombres sin conocerlos.

Ninguno de ellos era mi hermano ni mi amante, pero yo no amaba a los hombres. No los miraba nunca. Rehuía sus rostros. Los que me abordaban por segunda vez —furtivamente, cuando iban a buscar la sopa a las cocinas— se extrañaban de que yo no reconociera ni su

voz ni su silueta. Frente a ellos, sentía una conmiseración inmensa y un terror inmenso. Conmiseración y terror en los que no participaba realmente. Albergaba en lo más hondo de mi ser una indiferencia terrible, la indiferencia que nace de un corazón hecho cenizas. Me prohibía guardarles rencor. Guardaba rencor a todos los vivos. Todavía no había hallado dentro de mí una plegaria de perdón para los que seguían vivos.

Los hombres también nos amaban, aunque miserablemente. Experimentaban una sensación más punzante que cualquier otra, la de ver mermados su fuerza y su deber como hombres, pues no podían hacer nada por las mujeres. Si nosotras sufríamos por verlos infelices, hambrientos, desposeídos, ellos sufrían más aún por no estar ya en condiciones de protegernos, de defendernos, de no asumir ya solos el destino. Sin embargo, las mujeres, desde el primer momento, los habían descargado de toda responsabilidad. Los habían exonerado enseguida de su preocupación masculina hacia las mujeres. Querían convencerlos de que ellas, las mujeres, no corrían ningún riesgo. Su feminidad las amparaba, como se creía aún. Y si bien ellos, los hombres, tenían mucho que temer, ellas, por su parte, podían estar tranquilas. Solo necesitaban tener paciencia y valor, dos virtudes que estaban seguras de poseer, pues formaban parte de su día a día. Y por eso consolaban a los hombres, no dejaban traslucir ni desánimo, ni tristeza, ni, sobre todo, inquietud. Serían dignas de ellos, que sabían de la amenaza que se cernía sobre sus vidas. Los hombres, por su parte, se esforzaban por mostrar su lado más natural y cotidiano. Se las ingeniaban para resultarnos útiles, buscaban qué servicios podían prestarnos. Por desgracia, en

el sufrimiento material en que se encontraban no había nada que las mujeres pudieran pedirles. Estas, sometidas a un sufrimiento de igual magnitud, tenían aún sus recursos, los recursos que siempre poseen las mujeres. Podían lavar la ropa, remendar la única camisa, ahora hecha harapos, que ellos llevaban puesta el día que fueron detenidos, cortar retales de las mantas para confeccionarles pantuflas. Se privaban de una parte de su pan para dárselo a ellos. Un hombre tiene que comer más. Cada domingo, organizaban un divertimento que tenía lugar en el patio, al que asistían los hombres, de pie detrás de las alambradas levantadas entre los dos sectores. Las mujeres trabajaban toda la semana; cosían, ensayaban para el domingo. Cuando los preparativos de la fiesta se veían amenazados por la falta de entusiasmo o el mal humor, siempre había alguna mujer que decía: «Que sí, hay que hacerlo, hay que hacerlo por los hombres». Por los hombres, cantaban y bailaban; por los hombres, fingían despreocupación y regocijo. Era un juego desgarrador. Pero la animación que suscitaba lograba en ocasiones parecer real, incluso a las que sabían bien cuán ridículo era todo.

Aquel domingo, por lo demás, fue más triste que ningún otro. El comandante del fuerte había prohibido la representación. Los hombres estaban recluidos en sus barracones, las mujeres, en los suyos. Y no era solo por eso por lo que nos sentíamos de repente ociosas y ausentes. Todas teníamos un presentimiento vago al que no nos abandonábamos porque estaban las demás, y tratábamos de apartarlo escudriñando la actitud de nuestras compañeras. Representábamos tan bien el papel que ninguna se dejaba embaucar.

Estábamos preocupadas. Las que oían los ruidos a través del tabique —del lado de los hombres—, atentas, con la oreja pegada como en una auscultación, respondían a las preguntas con un: «No, no se oye nada». No se oía nada y el malestar aumentaba a medida que avanzaba la tarde.

Era un domingo de septiembre, soleado como un domingo de verano y a la vez marcado por la melancolía del otoño; es decir, que, desde la mañana, todo en el aire, y en las hojas de los árboles que divisábamos por la ventana, en el aliento del viento sobre la hierba de los glacis, en el color del cielo por encima del fuerte y en el color de los ojos, todo desde la mañana poseía la opacidad de los días que más tarde se califican de atípicos.

—¿Y tú, Yvette, ves algo en la ventana?

—No, nada.

De pronto, se oyeron pasos en el pasillo, en nuestra zona, y un ruido de llaves en nuestra puerta. Entró la jefa del campo, acompañada de una centinela. Era una prisionera, jamás circulaba sola.

—¿Qué pasa, Josée?

—Nada, nada. ¿Qué os pasa a vosotras, a qué vienen esas caras descompuestas? No pasa nada. Vengo a buscar la ropa de los hombres. Aunque no esté lista, hay que devolvérsela ahora mismo.

—¿Devolvérsela? ¿Ahora mismo? ¿Por qué?

Todas se afanaban, preparaban hatillos con las camisas y los calcetines, deshacían el paquete porque habían olvidado un pañuelo, contentas de salir de la pasiva espera que las atenazaba desde la mañana, como si por fin pudieran hacer algo, y ese algo fuese útil.

—¿Se van los hombres?

—No lo sé. No sé nada.

Josée no quería soltar prenda. Una preguntó:

—¿Qué hora es?

Y todas habríamos de recordar que en aquel momento eran las cuatro.

Josée salió con la ropa, la puerta volvió a cerrarse, y cada una regresó a su cama. El dormitorio se volvió otra vez asfixiante de silencio y de espera.

Cualquier tentativa de diversión o distracción se topaba con una inercia, con una angustia inexpresada. ¿Y si leíamos algo? Nadie contestaba.

—Oigo ruidos. Están bajando las escaleras.

—¿Qué es lo que pasa?

Las cabezas se alzaban en el fondo del dormitorio, las preguntas convergían en la que tenía el oído en el tabique.

—Los hacen bajar.

—¿A todos?

—No. A todos, no. Ha parado.

Varios meses confinadas en la celda nos habían proporcionado a todas un sexto sentido para interpretar sonidos y susurros, respiraciones y pasos.

De nuevo el silencio. De nuevo la espera.

Algunas intentaban convencerse de que no había nada que esperar. ¿Por qué esperábamos? ¿Qué esperábamos y por qué esperar? Sin embargo, no lograban desprenderse de la sensación de la espera y la angustia. El silencio, otro rato largo.

Hasta que oímos pasos en el pasillo, en nuestro pasillo, pasos de botas esta vez, y todas las mujeres están de pie entre las camas, preparadas, cuando aparece el suboficial. Extrae un papel de su bolsillo, pronuncia varios

nombres, y las que oyen el suyo se colocan cerca de la puerta, y en sus facciones la inquietud cede paso a la resolución y la rigidez. El alemán pronuncia diecisiete nombres, dobla la lista, sale con las diecisiete mujeres, vuelve a cerrar con llave. El dormitorio se antoja a las otras, que se han quedado de pie en sus puestos, vacío y sonoro, con esa sonoridad característica que se establece en un lugar donde va a pasar algo.

Yo no tenía un marido al otro lado. A mí me habían sacado de la prisión de La Santé cuatro meses antes. Una mañana.

Esperábamos. Esperábamos que volvieran nuestras compañeras para poner nombre a nuestra angustia.

Oímos que regresan. El suboficial las hace entrar, y solo cuando ha echado el cerrojo se esfuman la rigidez y la resolución de sus caras. Sus caras aparecen de pronto desprovistas de toda expresión o convención, con esa desnudez que otorga una súbita iluminación o una verdad atroz.

Las esperábamos. Una suerte de distensión se opera en nosotras, algo cede en nuestro interior cuando vemos que están todas. Esperábamos un relato de los hechos. No, ellas vuelven a sus camas. Cada una se dirige a su sitio sin pronunciar palabra, con los ojos vacíos. Y las otras, que quieren saber, se acercan a la que más unida están de las diecisiete, para interrogarla. Yo me quedo en mi sitio. No me acerco ni a Regina, que me cae bien, ni a Margot. Y ninguna de las que habían salido de La Santé la misma mañana que yo se mueve. Nosotras sabemos.

Ahora, el dormitorio entero es un bisbiseo. Averiguamos algunos detalles.

—Mi marido me ha dado su alianza.

—El comandante les ha anunciado que se irán mañana por la mañana.

—Se los llevan a pasar la noche a las casamatas.

—Han puesto todos sus cigarrillos en común.

—Jean estaba muy pálido, tenía los ojos tan hundidos que me ha dado miedo.

Y oigo que, en un grupito cercano a mi cama, una murmura: «René le ha dicho a Betty que los iban a fusilar, pero que habían acordado no decir nada a las mujeres, hacerles creer que los van a deportar. Naturalmente, a Betty se lo podía decir. Solo que no se puede difundir».

Entonces, una de nosotras avanza hacia el centro del dormitorio y en voz alta, dirigiéndose a todas, dice:

—Amigas, todavía disponemos de algo de tiempo hasta que apaguen las luces; deberíamos leer unos poemas.

Las más jóvenes disponen los bancos. Todo el mundo toma asiento. Era como la primera comida tras un entierro, cuando alguien prueba a pronunciar de nuevo palabras familiares y logra hablar con los demás de comida y bebida. Pero cuando la recitadora dice: «Pues nada hay que eleve el espíritu / Como haber amado a una persona muerta / Saldrás fortalecido de por vida / Y ya a nadie necesitarás», cada una sabe, merced al alcance de estas palabras, que, a pesar de la mentira de los hombres y la hipocresía del comandante con la ropa para devolver, cada una sabe que ha experimentado inmediatamente la sensación de la muerte, y su certeza. Eran valientes y tiernos, los hombres que amábamos.

Y yo me avergonzaba de haber sido capaz de reprocharles tan breve aplazamiento. Me avergonzaba de no haber querido amarlos. No había querido mirarlos,

mirar sus caras, sus ojos, oír sus voces, y ahora ya no era capaz de distinguir a uno de otro. Lloraba de arrepentimiento. Y cuando me hablan hoy de Pierre, que había matado a tres alemanes, o de Raymond, el bajito lisiado por una bala recibida en España, es todo el grupo indistinto y fraternal de los hombres que amábamos lo que asoma a mi memoria.

Yo lo llamaba mi árbol joven
Era hermoso como un pino
La primera vez que lo vi
Su piel era tan suave
la primera vez que lo abracé
y todas las demás veces
tan suave
que al pensarlo hoy
es como si no me sintiera la boca
Yo lo llamaba mi árbol joven
liso y recto
cuando lo estrechaba contra mí
pensaba en el viento
en un abedul o en un fresno
Cuando él me estrechaba entre sus brazos
yo ya no pensaba en nada.

*

Qué desnudo está
el que se va

ojos desnudos
carne desnuda
el que se va a la guerra
Qué desnudo está
el que se va
corazón desnudo
cuerpo desnudo
el que se va en pos de la muerte.

*

En el umbral de la prisión
la mañana de la separación
un veintiuno de marzo

Hace el tiempo de los abandonos
de los brazos desenlazados
de los labios secos

Hace el tiempo de la estación
del cielo límpido
de los junquillos frescos.

*

Yo lo llamaba
mi enamorado del mes de mayo
de los días de su niñez
tan feliz
yo lo dejaba
ser
cuando nadie miraba

mi enamorado del mes de mayo
incluso en diciembre
niño y tierno
cuando caminábamos agarrados
el bosque era todavía
el bosque de nuestra infancia
ya no teníamos recuerdos separados
él besaba mis dedos
tenían frío
él pronunciaba las palabras que pronuncian los
enamorados del mes de mayo
yo era la única que las oía
No escuchamos esas palabras
Por qué
Escuchamos el corazón que late
Creemos que oiremos toda la vida
esas palabras tiernas
Hay tantos meses de mayo
toda la vida
para dos que se aman.

Hasta que
lo fusilaron un mes de mayo

*

Los envidio
a quienes dieron a los suyos
aceptando el sacrificio
Yo
me rebelé
apenas si logré

no chillar delante de él
Necesitaba todo su valor
y ya bastante tenía
un hombre joven
con dejar a una mujer
que seguiría viviendo después de él.

*

Yo no lo entregué
la muerte me lo arrebató
y también esa causa
más fuerte que mi amor.
Por esa causa
había que morir
por mi amor
había que vivir.
Creéis que es fácil
acaso
ser mujer y no estar celosa
de otra
Puedes matarla
de una idea
hay que morir también
Yo no pude morir con él
Y no he muerto por ello.

*

Llorar a un héroe
mejor que amar a un cobarde
Puede que tengáis razón

quienes tenéis palabras para todo
Pero
había algunos
ni fuertes ni débiles
que no llegaron
ni al sacrificio
ni a la traición
Alguna vez he pensado
que él podría haber sido de esos
y he sentido vergüenza
Quisiera estar segura
de haber sentido vergüenza
Tenéis
tenéis
que tener razón.

*

Me preguntaba
por quién
por quién moría él
por cuál de sus amigos
Había acaso alguien vivo
que mereciera la vida de él
él
el más querido.
Despacio, volvió
de allá donde había estado
volvió para contarme
que murió por el pasado
y por todos los porvenires
Sentí que me estallaba la garganta

mis labios quisieron sonreír
pero era porque volvía a verlo.

*

No podéis comprender
quienes no habéis escuchado
el latido del corazón
de quien está a punto de morir

*

También lloré
porque los dos creímos
que el amor obraría como talismán
Era más que perder una creencia
era como si me reprochase
no haberlo amado con un amor más grande.

*

Yo lo amaba
porque era hermoso
es un motivo fútil

Yo lo amaba
porque él me amaba
es un motivo egoísta

Pero
es por vosotros
por lo que busco motivos

para mí no los tenía
Yo lo amaba como una mujer ama a un hombre
sin palabras para expresarlo

*

Murió
porque una historia de amor
para ser hermosa
necesita un final trágico
La nuestra era magnífica
Por qué siempre tenéis que saliros con la vuestra
al final
con vuestros lugares comunes.

*

De amor y de dolor
se secó mi corazón
De dolor y de amor
se agostó día a día

La marsellesa decapitada

Las jornadas no tenían fin. Jornadas en las que no había nada. El reparto del café a la mañana, de la sopa a las once, del pan a las cinco. Pasábamos el rato siguiendo el dibujo que formaban en la pared los siete barrotes de la ventana, cuya sombra se desplazaba despacio, de una pared a otra. Cuando ya solo quedaban tres o cuatro barrotes a punto de borrarse en el revoque descascarillado del rincón de la izquierda, la jornada había acabado, caía la tarde. Era el momento en que el centinela que daba vueltas y más vueltas en el patio se marchaba, el momento en que la prisión se animaba. De una ventana a otra, de una orilla a otra, empezaban las conversaciones, raudas, antes del relevo nocturno. Cada cual hablaba con una voz conocida, por encima de las otras voces que se entrecruzaban.

Nuestra ventana estaba tan alta —a ras del techo— que para arrimarse a ella había que subir a la estructura de la cama, ponerse de puntillas, atrapar los barrotes con las manos y agarrarse muy fuerte. Las manos dolían, los barrotes se marcaban en rojo en el hueco de las palmas. Nos encaramábamos por turnos para hablar con

los presos «de derecho común» del ala contigua, que había permanecido bajo la administración penitenciaria francesa. La mayor parte de La Santé estaba en manos de los alemanes y poblada por presos políticos, que todavía no eran conocidos como «resistentes». Los de «derecho común» trabajaban en varios talleres y volvían a las celdas por la tarde. Ellos también vigilaban la marcha del centinela para hablar con nosotras. Recibían cartas, leían la prensa y nos transmitían las noticias. Cuando se habían enterado de algo importante, silbaban para llamarnos y gritaban: «¡Pst, chicas, ya está! Los ingleses han recuperado Tobruk. ¡Menuda carrera!». A nosotras se nos escapaba el alcance de aquella victoria. La campaña de Libia había arrancado después de que nos detuvieran. Preguntábamos:

—¿Y en Rusia?

—Siguen avanzando.

—¿Quiénes?

—Los Fritz.

Aquella tarde, Lucien y René se retrasaban. Su ventana estaba vacía. Durante todo el día, contando las horas que sonaban con un segundo de intervalo en los relojes del barrio, aguzábamos el oído e intentábamos situar todos los relojes. ¡Cuántos había! Yo había vivido en el barrio, nunca los había oído. No contamos el tiempo cuando somos libres; durante toda la jornada contábamos el tiempo que faltaba para la tarde. La jornada no era más que la espera de la tarde, de noticias.

—Pero ¿dónde se han metido hoy? ¿Qué estarán haciendo?

—A lo mejor están en el calabozo.

—Nos lo habrían dicho sus compañeros.

—Sus compañeros están muy lejos. No se los oye desde aquí.

—Harían señas por la ventana.

—¿Sigues sin verlos?

—No. Nada —respondía la que estaba agarrada a los barrotes a las compañeras de celda que, a su vez, no quitaban ojo a la puerta para estar preparadas en caso de que la vigilante irrumpiera de improviso.

—¿Nada?

Estábamos desesperadas, presas de esa desesperación tonta que hace llorar a un niño cuando no le dan lo que le han prometido.

—¡Ya está, ya estamos aquí! —Lucien, sin aliento, asoma la cabeza entre los barrotes de su celda, en la otra punta del patio.

Nos tranquilizamos enseguida. Y la que está agarrada a nuestra ventana grita:

—¿Por qué habéis vuelto tan tarde? Ya casi no nos queda tiempo.

—Hemos estado faenando. Nos han puesto a instalar la bañera grande.

—¿La bañera grande? ¿Qué es eso?

—El canasto. Para la cabeza. En la guillotina. Mañana pasan a cuatro. Por eso hay que colocar la grande. Los cuatro de la rue de Buci, sabéis, ¿no?

Nosotras no sabíamos.

—Es verdad, no lo sabéis. Ya estabais aquí. Cuatro tipos que alzaron la voz en pleno mercado de la rue de Buci. Una mañana. A la hora del mercado. Con todas las mujeres haciendo cola. Al parecer, uno se subió a un tenderete; llamó a la lucha contra los Fritz. Luego, quiso salir por pies con los tres compañeros que lo protegían. Pero la policía los cogió. Los juzgó un tribunal especial. Todos condenados a muerte. Los ejecutan mañana por la mañana. Aquí, donde los franceses.

Ruido de botas, tintineo de fusil. El centinela nocturno ha debido de entrar en el patio. La cabeza de Lucien se zambulle igual que un títere de teatro de guiñol. De golpe y porrazo, todo se detiene. Oímos los pasos del centinela.

Los cuatro de la rue de Buci. Cuatro de los nuestros. Si supiéramos cómo se llaman... Tal vez los conozcamos.

Aquella noche, ninguna de nosotras durmió. Oímos dar todas las horas. Vimos aclararse el techo, hacerse de día, aparecer la sombra de los primeros barrotes, borrosa, apenas marcada, en la pared.

—Las cuatro. Debe de ser la hora —dice Henriette cuando se extingue la cuarta campanada.

Lejana al principio, porque llega desde un ala situada detrás de la nuestra, luego cada vez más diáfana, estalla «La marsellesa», cada vez más diáfana, a medida que los hombres avanzan hacia el centro del patio que debe de encontrarse en el centro de la prisión. Cada vez más alto, y distinguimos las voces, cuatro voces mal armonizadas, todas ellas alcanzando su máximo volumen. Concluida la primera estrofa —tienen que esperar, de pie, junto a la guillotina—, las voces dejan de moverse; retoman la respiración para atacar el estribillo, y las voces se hinchan de nuevo, colmadas, parejas. Pero, tras las dos primeras palabras del estribillo ya solo suenan tres voces, igual de parejas, articulando bien todas las palabas, y luego dos, y luego una sola voz que se afana y se amplía hasta el límite más extremo para, ella sola, hacerse oír en toda la prisión, una sola voz que también es cortada en seco.

La cabeza ha caído dejando una palabra a medias. Una palabra que queda suspendida, cortada, en un silencio intolerable. Por un instante solamente, pues el canto se eleva de nuevo, reanudado por los presos políticos que cantan desde lo más profundo de sus celdas.

Fue en el verano de 1942.

«[...] La semana pasada, el nuevo gobierno llevó a cabo una acción de similar incoherencia, seguida por muchas otras: la ejecución en el patio de la siniestra fortaleza de Montluc, en Lyon, del patriota argelino Abderraman Laklifi, quien fue decapitado el sábado al alba, acompañado hasta el cadalso por el cántico de todos sus compañeros, tras los barrotes de sus celdas.» (*L'Express*, 4 de agosto de 1960.)

La mañana de la llegada

El infierno había vomitado a todos
    sus condenados
eran ellos quienes nos recibían
y enseguida
entendimos
por qué no nos hacían fiestas
Añoraban los tormentos del infierno
y nos veían llegar
a los que veníamos de la tierra
como personas que saben
y pueden diferenciar
y enseguida
íbamos a saber también
y a querer olvidar la vida.

*

En el infierno
no ves morir a tus compañeros
en el infierno
la muerte no es una amenaza
en el infierno

dejas de tener hambre y sed
en el infierno
dejas de esperar
en el infierno
no hay ya esperanza
y la esperanza es de angustia
en el corazón del que se retira la sangre.
Por qué decís que el infierno
es esto.

*

A Yvonne Blech

Estábamos ebrias de Apollinaire
y de Claudel
¿recuerdas?

Es el inicio de un poema
que yo quería recordar
para recitártelo.

He olvidado todas las palabras
mi memoria se ha extraviado
en las ruinas de los días pasados
mi memoria ya no está
y nuestra antigua embriaguez
Apollinaire y Claudel
mueren aquí con nosotras.

*

Gracias a las demás

Un fantasma bailarín del alambre
que entrenaba por las noches
sobre los cables del telégrafo
No sabía que yo lo veía
Bailaba
Se había vestido de fantasma
y sin embargo
nadie lo veía.

Yo no habría aguantado
si nadie me hubiera visto,
si no hubierais estado ahí.

*

Morir no tiene importancia
en definitiva
cuando se hace dignamente
pero
en la diarrea
en el fango
en la sangre
y que dure
que dure tanto

*

Un romance tonto
una noche de verano
La vida el pasado

que añoramos
No
Aquí hemos desaprendido a añorar

*

He visto a hombres combatir
y por fin he podido pensar en él
él, muerto
un día en que todavía era hermoso
muerto en pie
de muerte elegida.

*

Cuando vi lo que vi
sufrir
como vi sufrir
morir
como vi morir
supe que nada
nada era demasiado en esta lucha.

*

Ese punto en el mapa
esa mancha negra en el centro de Europa
esa mancha roja
esa mancha de fuego esa mancha de hollín
esa mancha de sangre esa mancha de ceniza
para millones
un lugar sin nombre.

De todos los países de Europa
de todos los puntos del horizonte
convergían los trenes
hacia lo in-nominado
cargados con millones de criaturas
que eran arrojadas allí sin saber dónde
estaban arrojadas con sus vidas
con sus recuerdos
con sus achaques
y su gran asombro
con su mirada que interrogaba
y que no vio más que fuego,
que ardieron allí sin saber dónde estaban.
Hoy se sabe
Desde hace unos años se sabe
Se sabe que ese punto en el mapa
es Auschwitz
Eso se sabe
Y lo demás se cree saberlo.

Esther

Yo estaba ya acostada cuando una vecina me hace señas:

—Preguntan por ti.

—¿Quién?

—Una niña. En la puerta.

Salgo. Hay una muchacha esperando, pero no parece conocerme. Yo no la conozco. Miro a mi alrededor. La calle de nieve sucia que separa los bloques está vacía. La muchacha está sola. La miro. Una judía. Va vestida de calle. Me mira, da un paso hacia mí y dice en alemán:

—¿Tú eres C.?

—Sí. Soy yo.

—Me llamo Esther. Sé que eres una camarada.

Se aviva mi desconfianza.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te lo contaré. Escúchame. No tenemos mucho tiempo. Pronto sonará el toque de queda. —Y después del toque de queda las atalayas disparan a todo lo que se mueva en el campo—. Soy judía, de Bielorrusia.

La miro. Es bajita, rechoncha, tiene las mejillas brillantes como manzanas. Veinte años, quizá menos. El pelo está recién rapado donde termina el pañuelo. A las

judías les rapan la cabeza todos los meses; a las demás, solo a la llegada, salvo en caso de accidente. Está limpia, bien vestida. Comprende mi mirada, se disculpa:

—Trabajo en Effekts.

Es el comando que clasifica, ordena e inventaría lo que contienen las maletas de los judíos, que estos dejan en el andén a su llegada a Auschwitz. El comando de Effekts está compuesto por judías seleccionadas entre las que ingresan en el campo. Las más jóvenes y las más fuertes de cada convoy son escogidas para trabajar. Van al campo. Las demás van a la cámara de gas. Las chicas de Effekts van bien vestidas porque se quedan con algunas de las prendas que manipulan. (Son judías, y las judías, en el campo, no llevan el uniforme de rayas. Llevan ropa de calle con una cruz grande de minio en la espalda. Por lo tanto, las de Effekts no tienen más que marcar así la prenda que se enfundan en lugar de la suya.) No están flacas porque venden a las otras prisioneras unas bragas o un jersey a cambio del mendrugo de pan o la porción de margarina que constituyen la cena. Están aseadas porque se cambian de ropa y se lavan en su lugar de trabajo, donde tienen agua corriente. Y los SS exigen que vayan limpias, pues se encargan de ordenar las pertenencias que serán distribuidas por el Socorro de Invierno a los civiles alemanes damnificados. Nosotras, en cambio, jamás tenemos ropa de repuesto. Nunca nos aseamos. Salvo las privilegiadas de Effekts, que son unas pocas decenas de mujeres, salvo la aristocracia del campo —jefas y subjefas de bloque, policías y condenadas alemanas de derecho común—, nadie se asea jamás.

Miro a Esther, su pañuelo blanco. Miro sus dientes, que iluminan su rostro. Digo:

—Tienes unos dientes muy bonitos.

—Precisamente, he venido a ayudarte. ¿Qué necesitas?

¿Que qué necesito? ¿Qué responder a eso?

—Sí. Necesitas de todo, ¿verdad? Volveré mañana. ¡Adiós!

A la misma hora, al día siguiente, vuelve. Se saca de la blusa un tubo de pasta de dientes, un cepillo nuevo envuelto en papel transparente.

—Lávate los dientes con un poco del té de la mañana.

Una camisa de punto rosa.

—Cuando esté sucia, la tiras; te daré otra. Es lo único que he podido coger hoy. Te traeré más cosas mañana. Un camisón para que no duermas más vestida.

Miro los objetos que me ha puesto en las manos. El mango del cepillo de dientes tiene grabados unos signos desconocidos. El tubo de pasta también tiene impresos unos signos desconocidos. Los últimos convoyes procedían de Grecia.

Me siento incómoda. ¿Dónde voy a guardar esto? No tengo bolsillos. Si lo dejo debajo de mi manta, habrá desaparecido cuando regrese de trabajar por la tarde. Miro el cepillo de dientes, el tubo nuevo, la camisa limpia. Objetos que necesito, que son superfluos. Forman parte de una vida abolida. La vida donde una se lava los dientes. Y ¿cómo compartir? Lo compartimos todo. Pero Esther acecha el placer en mi semblante.

—Gracias, Esther. Eres muy amable.

—Si una tarde vuelvo más temprano y no estás demasiado cansada, podríamos charlar un rato.

Me estrecha la mano y se aleja. Se gira para sonreírme con sus dientes limpios, feliz del placer que me ha proporcionado.

¿Quién era Esther? Nunca más volví a verla. El comando de Effekts sufría registros a menudo, y las que no habían conseguido esconder sus hurtos eran enviadas a la columna disciplinaria o a la cámara de gas. Según el estado de ánimo del SS. Me enteré de que era de Grodno.

Beber

Después del recuento, las hileras se transformaban en columnas para ir a trabajar. En filas de cinco, nos bastaba con dar media vuelta sin movernos del sitio para estar preparadas frente al portón, listas para partir. Pero las cosas no iban tan rápido. Todavía había que esperar, marcar el paso. Las kapos se afanaban para formar sus comandos. Nos contaban de cinco en cinco y, al llegar a cien, partían la columna. Cada kapo cortaba su loncha de mano de obra. Así fue como, esa mañana, el corte se hizo en medio de nuestro grupo, y unas trabajaron en una demolición mientras las otras iban a otro lugar. Por la tarde, cuando el recuento nos reunió, Carmen me dijo: «Mañana volvemos. Me he fijado bien en la kapo, la reconoceré. Tú no te separes de nosotras. Presta atención para no quedarte fuera del corte. Hay agua».

Yo tenía sed desde hacía días y días, una sed de perder la razón, una sed de no poder comer, porque no me quedaba saliva en la boca, una sed de no poder hablar, porque no se puede hablar cuando no te queda saliva en la boca. Tenía los labios rajados, las encías hinchadas, la lengua como un pedazo de madera. Las encías hinchadas

y la lengua hinchada me impedían cerrar la boca, y yo dejaba la boca abierta, como una enajenada, con las pupilas dilatadas, como una enajenada, los ojos despavoridos. O eso fue lo que me dijeron las demás, después. Creían que me había vuelto loca. Yo no oía nada, yo no veía nada. Creían incluso que me había quedado ciega. Tardé mucho en explicarles, más tarde, que no estaba ciega, sino que no veía nada. Todos mis sentidos estaban anulados por la sed.

Carmen, con la esperanza de percibir un resplandor de inteligencia en mi mirada, me lo repitió varias veces: «Hay agua. Mañana podrás beber».

La noche fue interminable. Era atroz, qué sed pasaba por las noches; todavía me pregunto cómo pude llegar al final de aquella noche.

Por la mañana, agarrada a mis compañeras, muda aún, azorada, perdida, me dejé guiar: eran sobre todo ellas las que velaban por no perderme, pues por mi parte no había ya el menor reflejo, y sin ellas habría tropezado lo mismo con un SS que con una pila de ladrillos, o no me habría puesto en fila, y habría conseguido que me mataran. Solo la idea del agua me mantenía despierta. La buscaba por todas partes. La visión de un charco, de un reguero de fango un poco líquido, me hacía perder la cabeza, y ellas me retenían, porque yo quería abalanzarme sobre el charco o sobre el reguero de fango. Me habría abalanzado incluso sobre las fauces de los perros.

El camino era largo. Me parecía que no llegaríamos nunca. No pedía nada, porque no era capaz de hablar. Hacía mucho que ya ni siquiera intentaba formar palabras con los labios. Seguramente, mis ojos interrogaban con ansiedad; ellas me tranquilizaban sin cesar. «No

tengas miedo. Estamos en el comando correcto. Hay agua, de verdad. Créenos.»

Por fin llegamos. Era un vivero. «Plantamos árboles. Árboles pequeños. Cuando están plantados, los regamos. Les echamos una regadera entera de agua a cada uno», explicaban las que habían estado la víspera. En efecto, había una hilera de regaderas, cerca de un pozo. Quise precipitarme de inmediato, salirme de la fila. Viva me agarró de un brazo con firmeza. «Espérate a que la kapo termine de contar.» Una vez terminado el recuento, la kapo repartió los equipos. Ni yo ni ninguna de mis compañeras fuimos asignadas a las regaderas. Nosotras teníamos que mover arbustos y colocarlos junto a los hombres que plantaban. Yo estaba desesperada. Mientras todas se volcaban en consolarme, Carmen se hacía cargo de la situación. «Escúchame. Quédate tranquila cerca de Lulu. Pórtate bien, estate tranquila.» Me hablaba como a una enferma, despacio. «Trabaja. Toma, coge esto.» Me ponía en la mano, como una rama, un arbusto de tallo frágil. «El que saca el agua del pozo es polaco. Lo he reconocido, es el mismo de ayer. Él es el que llena las regaderas. Nosotras hemos traído un pan entero, ¿entiendes? Le pediré que, a cambio del pan, nos ponga agua ahí, detrás del grupo de árboles. Tú no te muevas. En cuanto esté todo listo, te haré una señal. No, no te muevas. Ahora vengo. Vuelvo enseguida.» Por suerte, no nos encontrábamos en un lugar llano y pelado. Había recovecos y recodos, aquí un cobertizo para herramientas, allá un tinglado de madera, de suerte que no estábamos siempre bajo la mirada de las kapos y los SS. Sostenida por Viva, rodeada y oculta por las demás, yo fingía trabajar. Iba y venía con ellas, con un arbusto

en la mano, sin fuerzas para agacharme y dejar el arbusto junto a un surco donde un polaco lo cogía para plantarlo. Apenas me tenía en pie, no sabía lo que hacía. Creo incluso que había dejado de experimentar la sensación de sed. Inconsciente, aturdida, no sentía, no percibía ya nada.

Carmen volvió. Viva y ella, tras asegurarse de que teníamos vía libre, me agarraron cada una por un brazo y me llevaron a un rincón formado por un pedazo de muro y el montón de arbustos que debíamos transportar. «*Voilà!*», exclamó Carmen, enseñándome el cubo con agua. Era un cubo de zinc, de los que se usan en el campo para extraer agua de los pozos. Un cubo grande. Estaba lleno. Solté a Carmen y a Viva y me tiré sobre el cubo de agua. Me tiré, literalmente. Me arrodillé junto al cubo y bebí como bebe un caballo, metiendo la nariz en el agua, metiendo la cara entera. No sabría decir si el agua estaba fría —debía de estarlo, recién sacada, estábamos a primeros de marzo—, yo no sentía ni el frío ni la humedad en mi rostro. Bebía, bebía hasta quedarme sin respiración, y me veía obligada a sacar las fosas nasales del agua de vez en cuando para tomar aire. Lo hacía sin parar de beber. Bebía sin pensar en nada, sin pensar en el riesgo de tener que parar, de ser golpeada si aparecía una kapo. Bebía. Carmen, que vigilaba, dijo: «Ya está bien». Me había bebido la mitad del cubo. Hice una pequeña pausa, sin soltar el cubo, abrazándolo. «Ven», me dijo Carmen, «ya está bien.» Sin responder —habría podido hacer un ademán, un movimiento—, sin moverme, volví a sumergir la cabeza en el cubo. Bebí y bebí. Como un caballo, como un perro. Un perro lame con lengua ágil. Forma una cuchara ahuecando la lengua

para transportar el líquido. Un caballo bebe. El agua disminuía. Incliné el cubo para apurar el fondo. Casi tumbada en el suelo, succioné hasta la última gota, sin derramar ni una sola. Aún habría querido lamer el borde del cubo. Tenía la lengua demasiado rígida. Demasiado rígida también para lamerme los labios. Con una mano me sequé la cara, y me sequé la mano en los labios. «Esta vez va en serio», dijo Carmen, «el polaco está reclamando el cubo», y al mismo tiempo hacía señas a alguien detrás de ella. Yo no quería desprenderme de mi cubo. No podía moverme, de lo que me pesaba la tripa. Parecía algo independiente, un peso o un fardo que hubiesen enganchado a mi esqueleto. Estaba muy delgada. Hacía días y días que no me comía la ración de pan, porque no quería tragar nada, sin saliva en la boca, días y días que no podía tomarme la sopa, ni siquiera cuando estaba muy aguada, porque la sopa estaba salada y era como fuego sobre las llagas que me sangraban en la boca. Había bebido. Ya no tenía sed, y sin embargo no estaba del todo segura. Me lo había bebido todo, todo el cubo de agua. Sí, como un caballo.

Carmen llamó a Viva. Ellas me ayudaron a levantarme. Mi vientre estaba enorme. Y, de repente, sentí que la vida regresaba a mí. Era como si recuperase la conciencia de la sangre que circulaba, de los pulmones que respiraban, del corazón que latía. Estaba viva. La saliva volvía a mi boca. La quemazón de los párpados amainaba. Los ojos escuecen cuando las glándulas lacrimales están resecas. Mis oídos oían de nuevo. Vivía.

Viva me llevó con las demás mientras Carmen devolvía el cubo. A medida que mi boca se humedecía de nuevo, iba recuperando la vista. La cabeza se me aligeraba. Podía sostenerla derecha. Veía a Lulu, que me miraba con inquietud, que miraba mi vientre enorme, y oía que le decía a Viva: «Quizá no tendríais que haberla dejado beber tanto». Sentía que se formaba saliva en mi boca. Sentía que recuperaba la palabra. Mover los labios seguía siendo difícil. Al fin pude decir, con una voz que era extraña porque mi lengua me entorpecía aún, porque a duras penas recobraba la flexibilidad, al fin pude decir: «Ya no tengo sed». «¿Estaba buena el agua, al menos?», preguntó alguien. No respondí. No había percibido el sabor del agua. Había bebido, sin más.

—Intentaremos volver mañana —dijo Lulu.

—Tendremos que guardar pan esta noche —añadió Cécile.

Al día siguiente, desorientadas por los empujones que sucedían al recuento, no conseguimos deslizarnos en el comando del vivero. Ya no tenía importancia. Estaba curada.

Hay personas que dicen: «Tengo sed». Entran en un café y piden una cerveza.

Yvonne Picard murió
tenía unos pechos preciosos.
Yvonne Blech murió
tenía los ojos almendrados
y unas manos muy expresivas.
Mounette murió
tenía un cutis precioso
una boca muy golosa
y una risa argéntea.
Aurore murió
tenía los ojos color malva.

Tanta belleza tanta juventud
tanto ardor tantas promesas...
Todas un valor de tiempos romanos.

E Yvette también murió
no era ni guapa ni nada
y valiente como ella sola.

Y tú, Viva,
y yo, Charlotte
dentro de poco moriremos
nosotras, que ya nada bueno poseemos.